

Artículo publicado en un libro compilado por el autor, basado en un seminario organizado en el Instituto del Servicio Exterior de la Nación en septiembre de 1995.

---

## IDEAS POLITICAS Y SOCIALES EN LA AMERICA LATINA DEL SIGLO XX

Torcuato S. Di Tella

### Un comienzo optimista

Hacia 1910, cuando muchos países del área celebraban el centésimo aniversario de sus primeras luchas por la independencia, América Latina parecía finalmente convertirse en un éxito. Elites progresistas llenas del espíritu científico de la época estaban en el poder casi por doquier, administrando el crecimiento económico y la modernización. Con sólo echar una mirada hacia atrás se podía apreciar la magnitud del progreso, interpretado dentro de los cánones del pensamiento evolucionista, que había reemplazado a una versión anterior del constitucionalismo liberal. La única nube en un cielo en general límpido era que la violencia no había sido aún totalmente erradicada, y más bien se estaba volcando del cuadro rural al urbano. Finalmente, en México la inmensa reserva campesina explotó, y eso marcó una diferencia. La diferencia significó un millón de muertos, y desde entonces la política latinoamericana ya no podía volver a ser la misma.

Durante las primeras dos o tres décadas del siglo el anarquismo fue la fuerza dominante en la izquierda, en la mayoría de los países del área. En algunos de ellos no estaba demasiado conectado con las tradiciones y las prácticas políticas nativas, siendo su campo de reclutamiento los inmigrantes europeos, pero en otros tenía más profundas raíces locales. Es así como en México Ricardo Flores Magón (1874-1922), ganado por las nuevas doctrinas, fundó en 1905 el Partido Liberal Mexicano, junto a otros intelectuales progresistas. Esto implicaba una seria desviación de las pautas europeas, representando además un intento de reivindicar el nombre liberal -- aún prestigioso entre los activistas populares de diversos orígenes sociales -- liberándolo de sus anclajes porfirianos. La mayor parte de los anarquistas se plegaron a la revolución, y contribuyeron a formar dentro de ella una fuerza sindical, la Casa del Obrero Mundial, que se incorporó hasta las verijas en las luchas políticas de su tiempo, por más "criollas" que ellas fueran.

En la Argentina el predominio anarquista estuvo desde un comienzo basado en un público extranjero, y lo mismo puede decirse, en medida algo menor, del partido Socialista, bajo la dirección de Juan B. Justo (1865-1928), un médico con un buen conocimiento de la social democracia europea. El problema respecto a la formación de un partido obrero en la Argentina está muy bien reflejado en la polémica entre Justo y el diputado socialista italiano Enrico Ferri en 1908. Ferri argumentaba que en un país sin una fuerte industria el socialismo nunca podría arraigar, y por lo tanto sería mejor que el partido adoptara el nombre de Radical, o Radical-Socialista, disputando el lugar que mal ocupaba ese "partido della Luna" (la Unión Cívica Radical) dirigida por un misterioso e inescrutable caudillo, Hipólito Yrigoyen. Justo le respondió que tanto Australia como Nueva Zelanda, a pesar de no tener una industria poderosa, tenían importantes partidos laboristas, debido a la presencia de un sindicalismo temprano, estimulado por la escasez de mano de obra. Argentina, como Australia, podía no estar industrializada, pero tenía un desarrollo capitalista bastante avanzado, tanto en el campo como en el comercio y los servicios. Ferri le contra argumentó que el partido australiano era más radical que socialista, debido a la gran moderación de su plataforma (semejante, en eso, a la de los argentinos), e insistió en sus consejos.<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup>. Enrico Ferri, "El Partido Socialista Argentino", en *Revista Socialista Internacional* 1, 1, dic. 1908, pp. 21-27; Juan B. Justo, "El Profesor Ferri y el Partido Socialista Argentino", *ibid.*, pp. 28-37.

En realidad, Ferri se equivocaba al plantear la semejanza entre los laboristas australianos y los radicales europeos, porque había una fundamental diferencia en la característica clasista de sus electorados. Pero además, ¿porqué tenía que llamar al movimiento dirigido por Yrigoyen "partido della Luna", caracterización que obviamente Justo compartía? Justo, y muchos otros en su tiempo, no sólo socialistas sino también anarquistas e intelectuales progresistas, creían que el flujo masivo de inmigrantes europeos continuaría, si no eternamente, sin duda hasta que el país se convertiría en una verdadera Australia latina, reduciendo a los componentes nativos a residuos poco significativos numéricamente en el lejano Interior. El problema, sin embargo, era que el país moderno, especialmente su clase obrera urbana y la burguesía industrial y comercial, estaba formado por una enorme proporción de extranjeros, sin derechos de ciudadanía. Es así que el público natural de un partido socialista, así como el de un partido liberal burgués serio, estaban relativamente ausentes de los comicios. El país político, el país que votaba, no era moderno, excepto por los terratenientes, quienes controlaban al partido conservador (con ése u otros nombres) y arreaban a las urnas a sus peones y a sectores clientelísticos las clases medias nativas. Los radicales, para poder competir electoralmente, tenían que basarse en sectores alternativos de ese país arcaico, y por lo tanto no podían menos que convertirse en un "partido della Luna", o sea, en una mezcla de tipo populista dirigida por sectores marginales de las elites.

De los tres países económica y educacionalmente adelantados del Cono Sur el que más fielmente reproducía las pautas del sur europeo era Chile, porque allí el bajo porcentaje de extranjeros no distorsionaba el escenario tanto como en los otros dos. El principal canal de expresión para la clases medias transandinas era el partido Radical, con tendencias anticlericales, preceptos económicos liberales, y convicciones democráticas, y dispuesto a entrar lentamente en el juego político dominado por la oligarquía, mediante su participación en alianzas y su aceptación de puestos ministeriales. Desde comienzos de siglo algunos radicales chilenos mostraban influencias socialistas, expresadas por Valentín Letelier (1852-1919), quien también defendía la necesidad de un régimen aduanero proteccionista. Superando la resistencia del más ortodoxamente liberal Enrique MacIver (1845-1922), el partido adoptó un programa avanzado en 1906, que fue confirmado por congresos posteriores.

La variedad argentina del radicalismo era algo distinta a la chilena, porque el "país político" era, como se señaló antes, muy arcaico. Sus primeros líderes, Leandro Alem (1842-1896) y su sobrino Hipólito Yrigoyen (1852-1933), eran figuras carismáticas con un sentido de misión y redención moral, que preferían evitar identificaciones ideológicas internacionales. Todavía en los años cincuenta Gabriel del Mazo, ideólogo oficial del partido, clasificaba a las fuerzas históricas argentinas en dos campos. En el progresista incluía a los federales y autonomistas, "regional y socialmente orgánicos... y por lo tanto nacionalmente equilibrados", especialmente sus sectores más "intransigentes", precursores del Radicalismo. En el lado opuesto se encontraban quienes tenían "vínculos económicos e ideológicos extranjeros..., sólo formalmente constitucionales, centralistas", incluyendo desde los reformistas tempranos como Rivadavia hasta los liberales posteriores a 1853, hasta el roquismo. Las varias corrientes de la Izquierda estaban por supuesto implícitamente englobadas en esta categoría, poco caritativamente denominada "antihistoria".<sup>2</sup>

En Uruguay el principal canal para las fuerzas de clase media era el partido Colorado, más anticlerical y abierto a los modelos europeos que su equivalente argentino. Quizás esto se debía al hecho de que los residentes nativos del país estaban más modernizados, pues no existía un equivalente del arcaico norte argentino. José Batlle y Ordóñez (1856-1929) fue el arquitecto de la reorganización del viejo partido Colorado, transformándolo de una banda caudillista en una máquina de reforma social. Alberto Zum Felde, en un temprano ensayo (1919), contrastaba la situación uruguaya con la Argentina, donde dos países, el hispano-criollo y el inmigrante-italiano, coexistían con dificultad. En el Uruguay la solidez de los dos partidos tradicionales, y su sistemática división interna entre "caudillos" y "doctores", creaba una competencia a cuatro puntas, en la que los extranjeros se integraron: los italianos sobre todo en el partido Colorado, los españoles en el Blanco o Nacional. Bajo Batlle, los antiguos Colorados casi devienen una

---

<sup>2</sup>. Gabriel del Mazo, *El radicalismo: Ensayo sobre su historia y doctrina*, vol. 1, Buenos Aires, Gure, 1957 (1a ed. 1952), p. 13.

organización social demócrata. Aunque quizás exageró este último aspecto, la permeabilidad a las nuevas ideas europeas era mucho mayor en ese lado del Río de la Plata que en el opuesto.<sup>3</sup>

### EL impacto de las revoluciones mexicana y rusa

A la Revolución Mexicana -- que empezó a ponerse realmente seria hacia 1914 -- se añadió el trauma de la Primera Guerra Mundial y su secuela soviética. ¿Podría ser que, a pesar de las optimistas premisas teóricas generalmente aceptadas, el palacio en fin de cuentas tenía cimientos de barro?

En Europa ya habían surgido nuevos profetas, que usaban el mismo tipo de lógica despiadada de los evolucionistas liberales, para demostrar que la inevitabilidad existía, pero que trabajaba en un sentido distinto. Con la Revolución Rusa la alarma se extendió como un reguero, aún cuando se podía argumentar que en América Latina, o al menos en algunas partes de ella, las cosas eran diferentes. ¿Pero cuán diferentes? Porque podrían ser aún más peligrosas que en Europa. Después de todo, la primera conmoción había ocurrido en México, o en China hacia la misma época, con una señal de advertencia en Rusia en 1905. La Comuna de Shanghai de 1927 mostraba en qué inesperados lugares podía estallar la revolución.

Algunos de los países latinoamericanos, especialmente Argentina y Uruguay, y en menor medida Chile, podían parecer relativamente protegidos contra la violencia, debido a su prosperidad y a la presencia de una numerosa clase media, pero no es así como la situación era vista en aquel entonces. Tanto en Chile como en la Argentina el temor hacia una desestabilización había sido ya expresado en la primera década del siglo. Después de la Primera Guerra Mundial un agudo enfrentamiento social continuó, y produjo una seria interrupción de la tradición chilena de gobierno civil, entre 1924 y 1932. En la Argentina un factor adicional era la enorme proporción de inmigrantes, que podrían súbitamente explotar si sus sueños fueran destruidos por la crisis y la desocupación. En respuesta a éstas y otras amenazas percibidas por la clase dirigente, su pensamiento se reorientó hacia la derecha, en búsqueda de nuevas ideas. El evolucionismo se hizo sospechoso, y se lo vio como excesivamente simplista, porque podía ser interpretado en perspectiva marxista. Se apeló entonces a las tradiciones nacionales y al pensamiento católico, mezclado a veces con una lectura selectiva de la nueva sociología, que según Laureano Vallenilla Lanz "condena definitivamente la anarquía y la revolución". Vallenilla (1870-1936) agregaba, pensando en su nativa Venezuela, gobernada por el dictador Juan Vicente Gómez (1857-1935), que la "*solidaridad mecánica* <basada en> la subordinación de los pequeños caudillos en torno del caudillo central, representante de la unidad nacional ...no se transforma sino muy lentamente en *solidaridad orgánica*, cuando el desarrollo de todos los factores que constituyen el progreso moderno vaya imponiendo al organismo nacional nuevas condiciones de existencia y, por consiguiente, nuevas formas de derecho político".<sup>4</sup> Esto era una traducción del evolucionismo tradicional a los conceptos de la teoría durkheimiana, enfatizando la necesidad de proceder despacio en la adopción de nuevas instituciones. Este enfoque tenía una venerable antigüedad en el pensamiento latinoamericano: de manera semejante ya antes Alberdi había criticado a la primera generación de liberales reformistas por haber tratado de introducir demasiados cambios, desconociendo el "carácter asiático" de sus países, que exigía que "las reglas del gobierno representativo inglés o norteamericano cediesen un poco de su rigor a las peculiaridades de ese suelo y de esa sociedad".<sup>5</sup>

---

<sup>3</sup>. Alberto Zum Felde, *Proceso histórico del Uruguay: esquema de una sociología nacional*, Montevideo, Maximino García, 1919, pp. 224-225, 226.

<sup>4</sup>. Laureano Vallenilla Lanz, *Cesarismo Democrático. Estudio sobre las bases sociológicas de la constitución efectiva de Venezuela* (1919) y *Disgregación e integración: ensayo sobre la formación de la nacionalidad venezolana* (1930), citados en Germán Carrera Damas, Carlos Salazar y Manuel Caballero, *El concepto de historia en Laureano Vallenilla Lanz*, Caracas, Universidad Nacional de Venezuela, Escuela de Historia, 1966, pp. 9, 72-73.

<sup>5</sup>. Juan Bautista Alberdi, *Cartas sobre la prensa y la política militante de la República Argentina*, en *Obras Completas*, 8 vols., Buenos Aires, La Tribuna

Vallenilla concluía que el inevitable dictador representaba más genuinamente el verdadero estado de su sociedad, y por lo tanto de las masas, que un sistema constitucional. Por eso llamó a su más difundido libro *Cesarismo democrático* (1919). Hay dos puntos a diferenciar en este razonamiento. El primero es que en ciertas condiciones sociales el autoritarismo es una forma más estable y más eficaz de gobierno que el constitucionalismo representativo. La otra es que bajo esas mismas circunstancias el personalismo autoritario es una forma mejor para la representación de los intereses populares que un sistema de partidos políticos competitivos. El público conservador de Vallenilla estaba interesado en la primer tesis, que justificaba una dictadura desarrollista temporaria. La segunda tesis, sobre que este sistema fuera la más adecuada representación de los sectores populares, y por lo tanto democrático, era sobre todo para consumo externo, pero la verdad es que fue consumido.

El hecho era, de todos modos, que sólo algunos caudillos podían unir al mismo tiempo un dominio personal autoritario y un apoyo popular. Este no era el caso de Gómez, pero había sido cierto, en épocas anteriores, del argentino Juan Manuel de Rosas, según el juicio de sus contemporáneos (amigos y enemigos) y de historiadores modernos. Reproducir, en las condiciones del siglo XX, la experiencia de un dictador conservador que fuera al mismo tiempo popular, podría ser la solución a los peligros que se abatían sobre las clases dominantes de América Latina después de finalizado el primer conflicto mundial. El evolucionismo tradicional no tenía lugar para este modelo, considerándolo una cosa del pasado. Pero la sociología moderna estaba más abierta hacia la posibilidad de combinaciones extrañas, aparentemente incongruentes, y los políticos y los ideólogos las exploraron, con o sin apoyo intelectual. Pronto la experiencia europea proveería los necesarios modelos, que formaron una poderosa mezcla con los que se derivaban del propio pasado americano.

En contraste con los tres países del sud, en México las clases medias no tuvieron más alternativa que lanzarse al Maelstrom revolucionario. Por lo tanto, hubo una búsqueda de una ideología que les diera un lugar en el proceso histórico. Lentamente, una forma de nacionalismo desarrollista y revolucionario se convirtió en la creencia común, tomando elementos del marxismo y adaptándolos a las condiciones del subdesarrollo. Era también necesario encarar los aspectos étnicos de la sociedad mexicana y de muchas otras del continente, que hasta hacía poco habían sido vistos como fuente de atraso por los pensadores positivistas. José Vasconcelos (1882-1959), intelectual humanista, rector de la universidad, y ministro de educación en los primeros años veinte, desarrolló su concepción de una *raza cósmica*, mezcla de todas las existentes, como característica de la región, y señal de superioridad. Junto con Alfonso Reyes (1889-1959), Antonio Caso (1883-1946) y varios otros había fundado en 1908, aún bajo el porfiriato, el *Ateneo de la Juventud*, donde, con algún apoyo de los miembros mentalmente más abiertos de la elite gobernante (los así llamados "*científicos*"), los miembros de la nueva generación rompían lanzas con el evolucionismo positivista y sus acólitos el utilitarismo y el materialismo. En su búsqueda de una apoyatura intelectual para justificar un rol más excelso de la libre voluntad, algunos de ellos redescubrieron el pensamiento católico tradicional, mientras que otros, paradójicamente, llegaron al leninismo, visto como una variante no determinista del marxismo, capaz de explicar el hecho de que la revolución se hubiera dado en un lugar teóricamente tan inesperado como Rusia. Este último camino fue tomado por Vicente Lombardo Toledano (1894-1968), un intelectual que durante los años treinta se sumó al campo marxista y se convirtió en dirigente sindical, cultivando excelentes relaciones con el partido comunista y el gobierno a la vez. La otra vía alternativa fue en cambio elegida por Antonio Caso y por Vasconcelos, y por el más tecnocrático Manuel Gómez Morín (1897-1972). Antonio Caso -- "mi general Caso", como lo llamaban sus discípulos en los primeros tiempos en que desempeñaban importantes roles culturales y educativos bajo la Revolución -- se retiró de la involucración política activa pero, emulando a Fichte, escribió dos series de *Discursos a la nación mexicana* (1922 y 1934), desarrollando una concepción *personalista*, que rechazaba tanto los excesos individualistas como los colectivistas, apelando a una "nueva aristocracia", componente esencial de cualquier revolución. Gómez Morín, después de un período como funcionario público, pasó a la actividad empresaria privada, y fundó en 1939 el partido de Acción Nacional (PAN), donde se

encontraban los intereses industriales de Monterrey con los activistas católicos y liberales preocupados con la corrupción y los abusos cívicos del partido hegemónico.<sup>6</sup>

Particularmente importante, y trágica, fue la evolución de Vasconcelos, aclamado por décadas por la juventud del continente, en reconocimiento por su trabajo en el campo cultural, denunciando la dominación norteamericana. Después de dejar su puesto como Secretario de Educación, al finalizar la presidencia de Obregón (1924) pasó a la oposición, denunciando la inmoralidad gobernante y la violación de derechos humanos. En 1929 intentó lo imposible, o sea, ganarle la competencia presidencial al candidato de Calle, autoproclamado Jefe Máximo del régimen. Ante la violencia que lo amenazaba, Vasconcelos se estaba preparando para intentar un golpe armado, lo que le valió perder muchos amigos, que aunque críticos del régimen, preferían combatirlo desde adentro, usando la legalidad existente. Vasconcelos se volvió cada vez más amargado, y tuvo que emigrar para evitar amenazas a su vida. Se veía a sí mismo como un continuador del tipo de nacionalismo de Lucas Alamán, basado en la cultura hispánica, contra los "Mexicanos izquierdistas, poinsettistas y renegados". Poco después del establecimiento de la República Española (1931) se planteó como su crítico implacable, argumentando que estaba penetrada por el "elemento judeo-yancoide que creyó llegado el momento de hacer en España lo que había hecho en México en tiempos de Juárez: aplicar la reforma luterana por decretos gubernamentales y a precio de sangre". Llegó a considerar aún a figuras tan respetadas como Miguel de Unamuno y Ortega y Gasset como diletantes, por su involucración con la República. Con este lenguaje, por cierto, no podía esperar cultivar muchas amistades en círculos progresistas, y mucho menos cuando durante la guerra simpatizó con el Eje, aún cuando permaneciendo crítico de la ideología nazi y de prácticas racistas como las del Ku-Klux-Klan.<sup>7</sup>

Es así como Vasconcelos, que había comenzado como un revolucionario y un misionero cultural, llevando ediciones baratas de los clásicos griegos a las masas indias para despertar sus sentimientos de universalidad -- aún cuando también estimulando el conocimiento de sus propias culturas, a través de proyectos como los murales de Diego Rivera -- terminó como favorito de la Derecha. El tiempo podrá o no desentrañar los diversos ingredientes de su manera de pensar, pero seguramente rescatará sus emotivas *Memorias*, donde toda una época de la sociedad mexicana se expresa, con pasión partidaria pero con singular viveza.

### **Aprismo y marxismo**

Víctor Raúl Haya de la Torre (1895-1979), expulsado del Perú por el dictador Augusto Leguía cuando era aún un dirigente estudiantil, llegó exiliado a México en 1924, y quedó impresionado por la atmósfera intelectual y política que encontró. Combinando lo que veía con los principios del movimiento de la Reforma Universitaria iniciada en la Argentina en 1918, desarrolló una ideología autóctona, a la que con el tiempo agregaría elementos de socialismo tanto marxista como fabiano, y algunas lecciones -- aunque ninguna simpatía -- de la manipulación de masas por un líder carismático en la Alemania nazi. Fundó lo que proyectaba ser una Internacional rival de las existentes Segunda y Tercera, que tomó el nombre de Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA), dedicada a formar un partido afín en cada país. Su impacto fue muy grande a lo largo del continente, donde se pueden observar importantes influencias apristas, desde la Acción Democrática de Venezuela, dirigida por Rómulo Betancourt, o el Partido de Liberación Nacional de Costa Rica, de José Figueres, hasta los Socialistas chilenos y sectores de la Unión Cívica Radical argentina.

Haya de la Torre, usando el corpus principal de la teoría marxista, sostenía que en condiciones de subdesarrollo no es posible esperar que la clase obrera dirija un proceso de

---

<sup>6</sup>. Enrique Krauze, *Caudillos culturales en la Revolución Mexicana*, Mexico, Siglo XXI, 1976.

<sup>7</sup>. *Memorias*, nueva edición, 2 vols, Mexico, Fondo de Cultura Económica, 1982 (1a ed. 1936-1939), vol. I, p. 6, y vol. II, pp. 1134, 1132, 1147-1148; John H. Haddox, *Vasconcelos of Mexico: Philosopher and Prophet*, Austin, University of Texas Press, 1967, pp. 54, 64.

cambio social comprehensivo, ni tampoco que forme un partido propio con significativo peso numérico. Mucho menos podría el campesinado cumplir esas tareas. Así, pues, la clase media debía ser incluida como un tercer elemento del trípode, y asumir un rol dirigente.

Era también necesario canalizar las fuerzas del capital internacional, para que se diera la necesaria acumulación. El imperialismo económico podría ser, como decía Lenin, la última etapa del capitalismo, pero eso era sólo cierto en Europa y los Estados Unidos. En la periferia el imperialismo era la primera, no la última etapa del capitalismo, y por lo tanto se le debería dar espacio para su adecuado funcionamiento. Un Estado local fuerte debía controlarlo, pero sin espantarlo. Ese Estado tenía que basarse en la triple alianza entre las clases medias, los obreros y los campesinos, y llegar a acuerdos con las clases dominantes, mediante un elemento de corporativismo introducido en la Constitución. Es así que Haya hablaba del Estado de los Cuatro Poderes, en el que a los tres tradicionales se le sumaría un cuarto, de tipo corporativista, donde las diversas fuerzas sociales estarían representadas de manera "cualitativa". Pensaba que era mejor que las Fuerzas Armadas, la Iglesia, o los grupos empresarios nacionales o extranjeros tuvieran un campo legítimo y legal donde expresarse, en vez de actuar detrás de la escena, como habitualmente lo hacían.

Era preciso, además, tener un partido bien organizado, con militantes disciplinados, y una figura carismática a su frente, la cual constituía la única forma de liderazgo comprensible para la mayoría del pueblo. Identificaba al tipo de nacionalismo que propugnaba como "Indoamericano", refiriéndose al antiguo término español de *Indias Occidentales*, evitando el término "Latino" que obviamente no se le aplicaba a gran parte de la población del continente. El aprismo intentó llegar a las masas indígenas, pero en la práctica no le era fácil a sus militantes de clase media o cholos costeños el acceder a ese tipo de población, que vivía en lugares alejados y desconociendo el español.

Al mismo tiempo que se difundía el aprismo, no sólo en el Perú sino en el resto del continente, durante los años veinte y treinta, otros sectores de la intelligentsia preferían adoptar la nueva variante del marxismo que se inspiraba en la experiencia soviética. José Carlos Mariátegui (1894-1930) fue el principal representante de esta corriente, que en su caso implicó un esfuerzo por adaptarse a las condiciones locales, especialmente al reconocer al problema indio como el número uno en el Perú y otros países andinos. Esta fue la principal contribución de sus influyentes *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* (1928). Rechazando todo tipo de explicaciones raciales o culturales, e influenciado por los trabajos del antropólogo Luis E. Valcárcel y su *Grupo Resurgimiento* basado en el Cuzco, afirmaba que el latifundismo era el principal responsable por la miserable condición de la población aborigen.

Muchos marxistas, aunque solidarios con las masas indias explotadas, no creían que ellas podían ser transformadas en una palanca de cambio. Según ellos era necesario esperar a que el capitalismo se desarrollara, o bien a que fuerzas revolucionarias prendieran en la clase obrera urbana; una excesiva concentración entre los indígenas podría llevar al populismo, condenable tanto en su versión rusa como en otra local. Mariátegui, en cambio, pensaba que la población autóctona podría ser adecuadamente dirigida y estimulada a la acción por una elite dedicada. Para ello era más necesario un sentido heroico de la vida, que un culto del determinismo. Al determinismo se lo veía como una característica más de la despreciada Social Democracia que del marxismo.<sup>8</sup>

En la transición a una sociedad socialista había que basarse en los hábitos colectivistas de los indios. "El comunismo inkaico, que no puede ser negado ni disminuido por haberse desenvuelto bajo <un> régimen autocrático" proveería las bases para futuras instituciones, y estimularía la imaginación, para formar, junto al socialismo, un poderoso mito, equivalente a una religión.<sup>9</sup> Desgraciadamente, no era posible basarse en la burguesía para dar la lucha

---

<sup>8</sup>. "Sentido heroico y creador del socialismo", en *Defensa del Marxismo*, 11a. ed., Lima, *Amauta*, 1981, pp. 71-74. Este libro, publicado póstumamente, se basa en una serie de artículos escritos en la prensa limeña al final de la década de 1920, y reproducidos en su revista *Amauta*.

<sup>9</sup>. *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, 45a ed., Lima, *Amauta*, 1982, p. 54.

contra el feudalismo, debido a la debilidad de aquella clase.

Habiendo vivido varios años en Italia, como periodista, Mariátegui adquirió un conocimiento de primera mano de la política y de las ideologías de su tiempo, tomando libremente de fuentes marxistas así como del pensamiento de Benedetto Croce, Henri Bergson o Georges Sorel. El mecanicismo evolucionista de la Segunda Internacional debía ser reemplazado, en su visión, por una interpretación más adecuada de cómo ocurre el cambio social, que diera su lugar a la voluntad humana. Sorel con sus *Consideraciones sobre la Violencia*, había sido el primer genuino revisionista científico -- más bien que deformador -- del corpus marxista, al señalar el rol del voluntarismo y de la creencia en un mito de naturaleza semirreligiosa. La práctica leninista, y la experiencia de la Unión Soviética, demostraban la importancia que podía llegar a tener una elite: aún cuando allá no había una aristocracia privilegiada, ciertamente existía una elite, dedicada a implementar las transformaciones sociales en curso. En cambio, las revoluciones en Alemania e Italia habían fracasado porque, aunque las masas estaban preparadas, la elite había fallado, al retener la mayor parte de sus integrantes sus antiguos hábitos reformistas.<sup>10</sup>

Desde la Derecha -- o el Centro -- no tardó en llegar una respuesta a estos planteos. El escritor católico Víctor Andrés Belaúnde (1883-1966), en su obra *La realidad nacional* (1930), que en la práctica es un largo comentario a los *Siete Ensayos*, señalaba la dificultad de organizar la producción si se llevaba a cabo una radical expropiación agraria. Los peones de la Sierra, o los obreros de las plantaciones capitalistas costeñas, no podrían dirigir las empresas socializadas sin capital o tecnología, que, suponía, sólo podían ser provistas por los capitalistas.

Mariátegui, consciente de esta crítica, había señalado repetidamente que para desempeñar esas funciones se necesitaba de una elite, aún cuando sin detallar sus características. Pero no quedaba claro cómo se formaría ese grupo dirigente en cantidad suficiente para desempeñar las nuevas tareas administrativas. Los apristas respondían a esa objeción a través de incluir a las clases medias en la coalición revolucionaria. Mariátegui, en algunos momentos, no negaba la necesidad de establecer, temporariamente, una más amplia coalición, pero debería ser sólo eso, no una fusión, como quería Haya. Esto generó una ruptura en la relación entre ambos, que había sido de colaboración en los primeros momentos del lanzamiento del APRA. Mariátegui formó entonces el partido Socialista, que debería ser una organización obrera y campesina, y que poco después de su muerte (1930) se convirtió en Comunista. Mariátegui, aunque solidario con la Tercera Internacional, prefería un movimiento más autónomo. Sus ideas fueron prontamente denunciadas como pequeño burguesas y populistas, aunque su imagen fue luego, desde los años cincuenta, rehabilitada por los teóricos soviéticos.

El debate entre el aprismo y el marxismo latinoamericanos fue muy central para el pensamiento de la izquierda desde los años treinta a la Segunda Guerra Mundial. Haya argumentaba que tratar de construir un partido revolucionario sobre la base de la clase obrera -- como lo proclamaba tanto la teoría comunista como la social demócrata -- era sólo realista en países con un alto nivel de desarrollo, pero no en América Latina. Se dio un cierto *quid pro quo* en este debate, porque las críticas de Haya de la Torre se aplicaban más a la teoría que a la práctica comunista, pues ni Rusia ni China llenaban los requisitos de alto desarrollo planteados por el marxismo, ni tampoco tenían una numerosa y fuerte clase obrera. El hecho era que el leninismo ya había adaptado la teoría marxista, para adecuarse a las condiciones de los países de la periferia, aún cuando sin ser tan explícito al respecto como Haya de la Torre. El partido de Lenin, como el de Haya, era una amalgama de obreros, campesinos y miembros de las clases medias en crisis, estos últimos libres -- se suponía -- de determinación clasista, pero en la práctica equivalentes a la tercera pata de Haya de la Torre. Es así que el aprismo y la variante leninista del marxismo se convirtieron en religiones políticas alternativas, para la intelligentsia insegura, ansiosa y *déclassée* de la región.

---

<sup>10</sup>. "Henri de Man y la 'crisis' del Marxismo", *Defensa del marxismo*, pp. 19-23; "El problema de las elites", *Variedades* (Lima), enero 7, 1928, reproducido en *El alma matinal y otras estaciones del hombre de hoy*, 7a ed., Lima, Amauta, 1981, pp. 48-53.

En Colombia el socialismo fue tardío en cuajar, debido principalmente a la estructura social arcaica del país, y a la hegemonía católica. En una polémica desarrollada poco después de publicar su *Cesarismo Democrático* (1919) el venezolano Vallenilla Lanz había sostenido que en Colombia el rol positivo del caudillo autoritario había sido desempeñado por la Iglesia, al ser el país, en la práctica, una teocracia. Su muy loado constitucionalismo escondía un control oligárquico que imposibilitaba a la gente común el llegar a posiciones altas, como en cambio ocurría en el vecino país. Su contrincante, el periodista y futuro presidente liberal Eduardo Santos, pudo fácilmente demostrar que la palabra *democracia* estaba fuera de lugar para caracterizar al régimen de Vicente Gómez, pero no pudo negar la diferencia en movilidad social entre ambos países.<sup>11</sup>

En Colombia, a la fuerza de la teocracia había que añadir la vitalidad del sistema bipartidista, que dificultaba la búsqueda de alternativas. Algunos trataron de formar un partido Socialista independiente, inspirado en la Revolución Rusa, pero la mayor parte de la gente influenciada por las nuevas ideas trató de explorar las perspectivas de "socializar" al partido Liberal. Después de décadas fuera del poder, y habiendo sufrido la seria derrota de la Guerra de los Mil Días (1899-1901), los Liberales necesitaban nuevas estrategias. Desde las agitaciones populares del siglo XIX ellos habían incluido un significativo sector radicalizado, de manera que les fue relativamente fácil aceptar algunos elementos de las ideologías más avanzadas de su tiempo. Baldomero Sanín Cano (1861-1957), un prestigiado escritor que residía en Europa, hacia los inicios de los años veinte decía que la era del individualismo había terminado, y que era necesario introducir elementos de colectivismo en el pensamiento liberal. Luis Cano, director de *El Espectador*, órgano casi oficial del Liberalismo, se mostró de acuerdo con que el "socialismo moderno" fuera adoptado, y en su congreso de 1924 el partido se declaró "revolucionario" y decidido a poner fin a "la explotación del hombre por el hombre".<sup>12</sup>

Jorge Eliécer Gaitán, un abogado cuya tesis doctoral versó sobre *Las ideas socialistas en Colombia* (1924), estaba plenamente consubstanciado con la aludida corriente de pensamiento. En su tesis afirmaba, bajo la influencia del ejemplo ruso, que no era necesario esperar al desarrollo económico para poder organizar un movimiento socialista. Colombia podía no estar en la era industrial, pero era ciertamente capitalista, de manera que la lucha de clases podría proveer la dinámica para el cambio. Sin embargo, el hecho era que la organización obrera autónoma era aún débil, de manera que se planteaba la necesidad de trabajar dentro del existente partido Liberal, para no favorecer a los Conservadores. Hacia el fin de los años veinte se formó un grupo intelectual, que incluía al futuro presidente Gabriel Turbay, con ideas socialistas y favorable a la experiencia soviética, aún cuando decidido a emplear como su herramienta al partido Liberal. La agitación social fue intensa durante esa década, incluyendo una famosa huelga y posterior represión en la zona bananera del bajo Magdalena.

Finalmente, Alfonso López Pumarejo (1886-1959) y Eduardo Santos, ambos de ideas reformistas aunque contrarios al socialismo, habiendo accedido a la jefatura del partido Liberal, decidieron aplicar una política de unidad nacional para oponerse al largo predominio de los Conservadores, quienes enfrentaban una crisis de sucesión. Consiguieron aliarse a una importante facción del partido gobernante, y de esa manera llevaron a la presidencia al embajador en Washington, el muy moderado Enrique Olaya Herrera (1930-1934). De esta manera se dieron las condiciones para un período de hegemonía liberal, expresado en la llamada "Revolución en Marcha", basada en las dos presidencias de López (1934-1938 y 1942-1945).

La moderación de los años de Olaya había llevado a Gaitán a romper con el partido y a formar su propia *Unión Nacional Izquierdista Revolucionaria* (UNIR), con un programa

---

<sup>11</sup>. La crítica bibliográfica de Santos sobre *Cesarismo Democrático* fue publicada en *El Tiempo*, Nov. 23, 1920; Vallenilla respondió en *El Diario Nacional*, Dic. 22, 1920, y Santos volvió a la carga en *El Tiempo*, Dic. 28 y 30, 1920. El debate es referido en Gerardo Molina, *Las ideas liberales en Colombia*, 3 vols, Bogotá, Tercer Mundo, 1970-1977, vol. 2, *De 1915 a 1934*, pp. 48-56.

<sup>12</sup>. Molina, *Las ideas liberales*, vol. 2, 132-134.



claramente socialista. Sin embargo, al consolidarse la "Revolución en Marcha" de López, Gaitán volvió al partido, para abandonarlo otra vez en 1946 cuando parecía caer bajo el dominio de sus sectores de derecha. En ese año Gaitán formó un sector Liberal disidente, lo que permitió una victoria conservadora basada en una minoría del electorado. Esto llevó a un incremento de las tensiones, y finalmente al asesinato de Gaitán, la reacción popular en el Bogotazo (1948), y el desarrollo incontrolable de la *violencia*.

Gaitán ha sido considerado un paradigma de populismo y demagogia, y por cierto que apeló al imaginario caudillista, cuando les decía a sus seguidores "Ustedes son la masa, yo el dínamo", una de sus frases favoritas. Es cierto que su movimiento no tenía mucha organización, apelando de manera personalista a la lealtad de las masas, fueran ellas de origen Liberal o Conservador, o nuevos entrantes al área política. Sin embargo, era decididamente un intelectual, y un miembro del aparato Liberal, al que se reintegró después de su derrota electoral en 1946, convirtiéndose por un corto período en el jefe principal del partido reunificado. La permeabilidad del Liberalismo colombiano a la influencia izquierdista ha sido una característica suya hasta el presente, y es una importante causa de la dificultad de formar terceros partidos permanentes, incluyendo el último y aparentemente más sólido caso, el del M-19, que también se ha eclipsado.

Del otro lado del espectro político los Conservadores habían generado un líder de gran impacto, Laureano Gómez (1889-1965). Los primeros tramos de su carrera lo vieron como renovador progresista en el partido, con preferencias social-católicas, e inmune a las ideas fascistas. En un libro publicado a comienzos de los años treinta, *El Cuadrilátero*, analizaba las ideas de Mussolini, Hitler, Stalin y Gandhi, condenando a los tres primeros y ensalzando la no-violencia del hindú, a las que consideraba adecuadas para un país católico. Condenaba el "extremo individualismo, porque por él ha sido engendrado el capitalismo (...) desde que se abolieron y debilitaron todas las grandes instituciones y corporaciones". Por otra parte, sus intensas convicciones religiosas, interpretadas como era bastante común en la época, lo llevaron a la intolerancia. Era capaz de decir que "el moderado es el peor enemigo", supuestamente con base en citas bíblicas, pero de hecho atizando las pasiones facciosas.<sup>13</sup>

Finalmente asumió ideas falangistas, y se transformó en cabeza del sector más duramente antiliberal de su partido. Llegó a la presidencia entre 1950 y 1953, en medio de la violencia y en una situación de total falta de legitimidad. Desde el poder trató de hacer sancionar una Constitución corporativista, pero fue derrocado por el Gral Gustavo Rojas Pinilla en 1953. Finalmente se reconcilió con la política consensual, y firmó en España, en el exilio, el pacto de Benidorm con sus enemigos históricos, para asegurar el retorno al gobierno civil formando un Frente Nacional, que sancionaría la alternancia de presidencias liberales y conservadoras por veinte años. De todos modos, tanto él como su hijo, Álvaro Gómez Hurtado, siguieron capitaneando a la facción conservadora que sistemáticamente se oponía a las políticas que de hecho adoptaba el Frente Nacional.

Durante la Convención Constituyente de 1991 Álvaro concertó un acuerdo con el grupo guerrillero M-19, convertido en partido político, siguiendo la antigua máxima de que el enemigo del enemigo es un amigo. Pero esa máxima no siempre tiene validez, ni es siempre claro quién es el principal enemigo, de manera que la alianza no tuvo permanencia, y en alguna medida ocasionó la decadencia del antiguo grupo subversivo, sin por eso llevar mucho prestigio al desprejuiciado jefe de la extrema derecha.

En Venezuela la naturaleza mucho menos jerárquica de la sociedad, unida a la poca fuerza de la Iglesia Católica, dificultaron la formación de un partido conservador. Su lugar fue asumido por una serie de caudillos, el último de los cuales, Juan Vicente Gómez, gobernó despóticamente desde 1908 hasta su muerte en 1935. La crisis de sucesión fue hábilmente manejada por su entorno, que lentamente reconstitucionalizó al país, para evitar una explosión violenta. Entre los estudiantes y la intelligentsia más joven el marxismo estaba muy difundido, y

---

<sup>13</sup>. "La posición conservadora", y "El peor enemigo es el moderado", *El Siglo*, Dic. 5 y 6, 1938, reproducidos en Roberto Herrera Soto, *Antología del pensamiento conservador en Colombia*, 2 vols., Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1982, vol. 1, pp. 538-539, 541-544.

se había concretado en algunos importantes estudios, como el de Carlos Irazábal, *Hacia la democracia* (1939), una revisión de episodios históricos desde la nueva perspectiva teórica.

Rómulo Betancourt (1908-1981) era un miembro de esta generación, que después de un período de activismo estudiantil tuvo que exiliarse en Costa Rica, donde se sumó al comunismo local. Aprovechando la distensión que sucedió a la muerte de Gómez retornó a su país, y organizó, con ideas más parecidas a las apristas, un partido que pronto cambiaría su nombre por el de Acción Democrática. Este llegó al poder en 1945, como resultado de un golpe militar dirigido por oficiales jóvenes. Se convirtió rápidamente en la principal fuerza favorable a cambios sociales radicales, enfrentada a la clase terrateniente, la Iglesia, y los militares, incluyendo a quienes habían sido sus aliados en el acceso al poder. El resultado fue un golpe de Estado, un nuevo y largo exilio, y la evolución en sentido moderado del pensamiento de los jefes de Acción Democrática, decididos a implementar una alianza con las fuerzas progresistas de los Estados Unidos.<sup>14</sup>

Esta actitud produjo la escisión del ala izquierda del partido, especialmente después de que el ejemplo cubano demostraba la factibilidad de la vía armada. Las guerrillas que ese grupo formó, en convergencia con otras de origen marxista, fueron, sin embargo, derrotadas, y sus integrantes decidieron volver al campo de la lucha electoral. Teodoro Petkoff, uno de sus principales representantes, inicialmente influido, como tantos otros, por Régis Debray, pasó por un proceso de revisión radical de sus convicciones, reflejado en su libro *Proceso a la izquierda*.

En Costa Rica las ideas apristas, combinadas con otras que venían directamente de Europa, contribuyeron a la formación de un grupo Social Demócrata, dirigido por José Figueres, enfrentado tanto al comunismo como a las complejas alianzas políticas orquestadas por el presidente Rafael Calderón Guardia. Calderón, que había accedido al poder en 1940 como conservador, evolucionó en sentido social cristiano, y en un cierto punto, estimulado por el ambiente de buenos sentimientos hacia la Unión Soviética producido al terminar la guerra, decidió colaborar con el partido Comunista local. Esto no era incompatible con mantener buenas relaciones con el régimen de Somoza en la vecina Nicaragua. Cuando en 1948 intentó reelegirse (después del usual período intermedio de una figura de menor relieve) no vaciló en manipular las cifras electorales a su favor, produciendo la reacción del candidato que en general se consideraba victorioso, el liberal-conservador Otilio Ulate.

Ulate fue apoyado, en una corta guerra civil, por los amigos de Figueres, incluyendo al cura Rafael Núñez, fundador de sindicatos rivales de los comunistas. Es así como se dieron las condiciones para una más de las extrañas alianzas tan típicas de América Latina. Para hacer la confusión mayor aún, Figueres, una vez al frente de la nave del Estado, y habiendo puesto fuera de la ley al partido Comunista, se convirtió en estrecho aliado de Juan José Arévalo, presidente reformista de Guatemala (1945-1950) que tenía un significativo apoyo comunista, convertido en decisivo bajo su continuador Jacobo Arbenz entre 1950 y 1954.

América Central había sido desde los años veinte y treinta escena de violentas luchas, principalmente la fracasada revolución dirigida por el partido Comunista en El Salvador en 1932, reprimida en lo que se llamó *La Matanza*. El dirigente de ese movimiento, Farabundo Martí (1894-1932), había tenido ya antes experiencia guerrillera, cuando se sumó por un par de años a las fuerzas irregulares de Augusto César Sandino en Nicaragua.

Sandino (1895-1934), un hombre proveniente del campesinado medio, se involucró en la política como secuaz del jefe del partido Liberal, José María Moncada, quien había iniciado una guerra civil tomada de las páginas de *Cien años de soledad*, para deponer a su rival conservador apoyado por fuerzas armadas norteamericanas. Cuando en 1927 Moncada aceptó la pacificación sin exigir el retiro de la intervención extranjera, Sandino y un pequeño grupo continuaron la lucha, hasta 1933, cuando los Marines se fueron.

Sandino apelaba directamente a los campesinos, enfatizando la demanda por tierra y el nacionalismo, aún cuando tratando de evitar las posiciones extremas. Había sido influido por el

---

<sup>14</sup>. Robert Alexander, *Venezuela's Voice for Democracy: Conversations and Correspondence with Rómulo Betancourt*, New York, Praeger, 1990.

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

